

Sardinas,



La costa insular de Tierra del Fuego (Argentina), ofrece este espectáculo sorprendente, después de una prodigiosa arribazón de sardina, (cuplea fueguensis). Por la profundidad en que se entierran las patas del caballo, puede calcularse el espesor de la masa de sardinas, que cubre kilómetros de playas

Cuando entre nosotros se va perdiendo la esperanza de obtener una mediana cosecha sardinera, desde un lejano rincón del planeta nos llegan, enviadas por un buen amigo ausente, las rebosantes fotografías que trasladamos a estas páginas. Después de tanta escasez como, desde 1940, vienen experimentando nuestros pescadores sardineros, el paisaje que ahora ofrecemos a sus ojos ávidos, cansados de escrutar en vano sobre las aguas del mar, no puede resultar más confortante y atrayente.

Aun hay sardinas, aunque nosotros no las capturemos.

Como todas las cosas de este mundo, que se hallan mal distribuidas, la sardina se acumula allí en las costas del finisterre austral, cerca de Cabo de Hornos, en las rutas exploradas por Magallanes, a lo largo de la costa inhóspita de Tierra del Fuego.

Es decir, donde no puede saciar a muchedumbres hambrientas, ni puede mover los trenes de las fábricas, ni puede proporcionar su grasa para compensar el déficit que experimentan los pueblos atribulados por las angustias de la guerra.

La sardina aparece, pues, donde menos se la necesita y donde menos se la espera.

Es posible que, la primera parte de la afirmación, no la suscriban los argentinos. La floreciente República del Plata importa anualmente unos 3.000.000 de pesos m/n de conservas de sardinas en aceite, y es posible que no le viniese mal industrializar esa magnífica riqueza marina, que acaso sirva solamente para fertilizar las llanuras patagónicas.

No obstante, el problema nunca podría representar, para un país de tantos recursos naturales, lo que para España, Portugal o Francia significa la escasez de esta especie, principalmente cuando la demanda adquiere las excepcionales proporciones que registra a consecuencia del épico conflicto en que se hallan empeñadas casi todas las naciones del orbe.

Al contemplar esas asombrosas cantidades de pesca en su mayor parte abandonada o perdida, los ocasionales pescadores de "Peludo" o de otros anónimos pueblecillos fueguenses, habrán de pensar que de poco sirve la prodigalidad de la Naturaleza, si el hombre no se supera y no lucha por merecer. En este caso, la superación y la lucha consisten en crear el instrumental, la técnica y el trabajo industriales para evitar estas explosiones patológicas del mar, organizando el racional aprovechamiento de su inagotable riqueza; sistematizando la captura, transformación o conservación, y distribución de ese caudal copiosísimo, que la Humanidad necesita para sustento y para su progreso.

Si esta organización industrial existiera allá donde los fenómenos de abundancia registran proporciones tan excepcionales, es posible que hoy no viviera el mundo la terrible paradoja de que coexistan, en la misma hora de la Historia, la mayor angustia económica y la mayor riqueza, el hambre de las muchedumbres y las muchedumbres que no saben que hacer con los alimentos que les sobran.

* * *

Por haber decaído tanto la producción sardinera, la industria conservera y salazonera la Península Ibérica, sin duda la más potente del mundo, no podría rendir en la coyuntura más favorable que pudiera presentarsele en el orden comercial, el provecho que en otro caso era dado esperar. Y, paralelamente, muchos seres que hoy padecen hambre en la Europa convulsionada por la contienda, se verán privados del alivio que pudieran proporcionarles unas latas de sardinas, aunque fuesen servidas en chapa negra.

Contra estas veleidades de la Naturaleza, poco puede la previsión del hombre. Desde la Tierra del Fuego

ANECDOTARIO DEL MAR EL TI

Leemos en el periódico alemán "Das Reich" una noticia interesante acerca de la voracidad de los tiburones. Merece que se refiera, por lo que ella es en sí y por las consideraciones que sugiere.

Durante la travesía en un crucero por el Atlántico, en las largas horas de espera hasta que asoma un barco enemigo al que poder torpedear, los marinos suelen dedicarse a la pesca. Es este un deporte legítimo y que proporciona alguna distracción. Es de buena calidad ésta, cuando, como sucede en el caso a que nos referimos, la pesca es tan fructífera como la que se nos muestra.

Un día pescaron un tiburón. Fué un verdadero acontecimiento, y luego que estuvo muerto sobre cubierta, varios marinos empezaron a despedazarlo para quitarle la piel y abrirle las entrañas. Cuando llegaron

sardinas, sardinas

¿donde?



Esto no es, como aquello, pescar en tierra; pero poco menos. Cuando se las colocan a uno así, tan a la mano y en tanta abundancia, cualquiera puede presumir de pescador y obtener calorías para compensar la caricia de las nieves, acaso perpetuas, que se divisan sobre las crestas del horizonte

RÓN Y OTRAS COSAS

El vientre observaron que tenía objetos muy duros. Grande fué la sorpresa al hallar que se trataba de cajas de conservas de carne. ¿Cuántas? El cetáceo había comido quince cajas de carne de vaca en lata. Los marineros las abrieron y encontraron que la carne se hallaba en perfecto estado de conservación y pudieron permitirse un banquete a costa del animal. Había ingerido las cajas sin que sus jugos pudieran disolver la hoja de lata. Es posible que esto causara dolores al animal y que a tal circunstancia se haya debido el que fuera capturado.

Un periódico portugués pone algunas finas palabras que sirven de moraleja a este hecho:

—Hay tiburones de tierra que habrían digerido toda la carne de vaca y las propias latas:

Es seguro.

a Europa hay varios miles de millas, y el transporte es difícil y azaroso.

Las tribus australes han de resignarse con su abundancia inútil, sembrada en fantástico alarde por las playas, como si la Naturaleza tuviera un parto monstruoso.

Y las poblaciones supercivilizadas del viejo Continente, han de resignarse también, ensayando alimentos sintéticos e insubstanciales "ersatz".

Así... hasta que la Naturaleza, disciplinada por el hombre y aun en sus rincones más inasequibles, abandone sus veleidades y reparta mejor sus favores. La lucha, emprendida desde Adán, aun durará siglos, y acaso siempre los histerismos de la mar o de la tierra, resulten más o menos incontrolables. Pero el hombre mantendrá también siempre encendida su esperanza de vencer, de someter los elementos a sus generosas y razonadas utopías.

M A R E I R O

Los pescadores de Ushúaiá, contemplan la bendición del Cielo. Allí los pescadores, cuando las cosas se presentan así, pueden ser casi contemplativos. No necesitan manejar los «medios-mundos», ni la jabeja, ni siquiera el salabardo. Les basta con «chegar e encher»...

